

El perfume del desgobierno

Por Sebastián SALAZAR BONDY

SI NO FUERA porque, personalmente y por carta, los amigos y lectores insisten en que, una vez más, exprese esta crónica su protesta por el reciente recrudecimiento del mal olor proveniente de las fábricas de harina de pescado aledañas a Lima, para el cronista el tema quedaría relegado. Y ello no porque crea que ese mortificante vapor, que se precipita en la niebla invernal que ya apunta, es agradable y sano, o simplemente inocuo, sino porque está convencido que contra la opinión unánime de la población, que soporta paciente el castigo, va a prevalecer aquí, por causa de los intereses en juego, la voluntad de unos cuantos. Es cierto que en la última semana la situación ha empeorado. El gas pútrido, el aire contaminado, el nauseabundo aroma, se han hecho presentes con un imperio desafiante, y los trastornos fisiológicos se han multiplicado. Todos los días oímos el relato de cómo el asma se agrava entre quienes lo padecen, cómo el insomnio corta el reposo de los más sensibles de olfato, cómo las alergias y otras indisposiciones se revelan ante la ola portuaria. No es una brisa marina, con hálitos de peces frescos, lo que generalmente es tónica y amable pues nos recuerda la posición litoral de la ciudad, sino un fermento y picante soplo descompuesto que satura la calle, la casa, los objetos y hasta las ropas, y que se instala pesadamente en todas partes. Quizá haya quien considere que así se anuncian los dólares y es, por ello "el perfumedel éxito", pero el millón y pico de limeños prefiere su tranquilidad a tan repugnante heraldo de la prosperidad industrial.

NADIE QUE sea sensato, en verdad, puede oponerse al desarrollo de la industria pesquera, pero sí tenemos el pleno derecho de reclamar que la elaboración de ese producto no signifique la incomodidad y la dolencia de todos. En los países civilizados —no somos uno de ellos— hay un alto organismo que debe conciliar los intereses económicos de los productores con el orden público, con la vida normal de los ciudadanos. Se llama gobierno. Precisamente, es el gobierno el que adopta medidas y toma disposiciones para que la prosperidad de unos no equivalga a la desgracia del resto, y ello procurando que aquélla no se frustre y ésta no se extienda. Donde tal cosa no ocurre, campea el caos, y con el caos el descontento. Esto que, en suma, es una perogrullada, que cualquiera sabe de memoria, aquí es preciso decirlo. El olor putrefacto de la harina de pescado, que surge de las chimeneas costeras, es menos el aroma de los detritus industriales que el perfume del desgobierno. Nuestras autoridades, primero las edilicias y luego las ministeriales, han demostrado ser incapaces de solucionar un problema tan simple. De lo que se deduce que no existen.

UN COLABORADOR de "El Comercio" ha puntualizado que el aire es un alimento. Que el hombre lo ingiere desde la primera aspiración para llevar a su cuerpo determinados elementos nutritivos muy importantes para la existencia. Si el oxígeno, como está sucediendo en Lima, está envenenado, se envenenan los que lo respiran, que somos todos. Las ciudades no son, en verdad, los lugares en que la atmósfera es más saludable y pura, pero es necesario procurar, mediante una política de salubridad, que tenga el menor contenido posible de ingredientes malsanos y dañinos. El olor que se apodera de Lima en las horas en que el viento y la neblina invaden desde el mar el valle es una pócima que ingerimos inocentemente y que, a la postre, redundará en el incremento de las enfermedades a las vías respiratorias que ya entre nosotros, por la humedad, muestra un índice muy subido. Técnicos de Noruega, de Alemania, de otros lugares del mundo han advertido que hay que alejar de la ciudad las fábricas donde se origina ese mal olor. Médicos y especialistas han declarado que tenemos sobre nosotros una espada de Damocles. El gobierno ha amenazado —amenazado nada más— con adoptar medidas al respecto. El fenómeno continúa. Hay que reconocer que contra la opinión de los que saben y contra la supuesta voluntad de las autoridades, las fábricas y los fabricantes parecen ser más poderosas que todo. Reina en el Perú el dinero, especie de dios que está en todas partes pero casi nadie ve.